

CAPÍTULO XIII

La Arabia.—Topografía, costumbres y razas.—Imperio de los Joctanidas.—Ismael.—Tradiciones.
Influencia religiosa de los árabes sobre el mundo oriental

Figurémonos un país sin aguas ni verdor; un sol abrasador, un cielo siempre seco, inmensas llanuras arenosas, grandes montañas y áridas llanuras sobre las cuales se pierde la vista sin poderla fijar sobre objeto alguno ó ser viviente, una tierra muerta, y por decirlo así, agrietada por los vientos, en la que no se encuentran más que huesos, guijarros esparcidos, rocas levantadas ó trastornadas; un desierto enteramente despoblado, y en el que jamás ha hallado sombra el viajero (1). Allí, de tiempo en tiempo, se levantan colinas de arena, que el viento lanza y dispersa en todas direcciones. Allí sopla el *Simoïn*, abrasador mensaje de ruina, ángel de muerte. Tal es el desierto con sus ardientes horrores.

Un suelo áspero y calcáreo, algunos miserables lugares que por su misma rareza bastarían para poder aparecer misteriosos á los ojos de los hombres, y por último, para contraste, al Mediodía, sobre las riberas del mar Erithreo, una comarca deliciosa, un cielo siempre sereno, aguas cristalinas, una vegetación abundante y aromática: es el país de la *justicia*, el país de la alegría y de la dicha.

Y todas estas partes, *Hedjaz* (Arabia pétrea), *Nedjed* (Arabia desierta), *Yemen* (Arabia feliz), constituyen la Península Arábiga (*Gesirat-el-Arab*): todo aquel territorio está habitado desde ya hace muchos siglos, por una población curiosa sobre todas.

Después de una azarosa existencia, después de sus destinos, únicos tal vez en la historia del mundo; después de terribles trastornos, el árabe es aún hoy tal como siempre ha sido.

(1) Bufon, *Historia natural*: el Camello.

Bandido y nómada en Hedjaz y Nedjed; civilizado, voluptuoso y poético en Yemen, ha conservado su carácter primitivo. En la tienda del beduino hallamos aún al jefe de la tribu, grave, serio, aparentando dignidad con su larga barba, respetado y obedecido de toda su raza; y en su derredor, sus hijos, hasta la tercera y cuarta generación, libres bajo su paternal autoridad, orgullosos de una genealogía que miran con respeto, intrépidos hasta la muerte cuando se trata de robar alguna caravana ó de vengar alguna afrenta, inexorables en la guerra y pillage; generosos y hospitalarios siempre. Que un extranjero se acerque á beber agua de sus pozos, que llegue á tocar la cuerda de sus tiendas, al punto el árabe sale á su encuentro, y cual otro Abraham, le ruega se detenga para compartir su comida; es su *huésped*, y este huésped es sagrado para él; se dejará dar muerte por salvarle mientras que esté bajo su protección, salvo el caso de que le encuentre como mercader en las arenas, pues entonces le despoja (1).

Perdido en medio de aquella naturaleza ingrata, que parece no le deja vivir sino con sentimiento, el árabe se adhiere á todo lo que le rodea. Le gusta mucho el caballo, conserva con arrogancia la genealogía de este noble animal, canta sobre su cadáver un himno de dolor, y le llora como á un amigo. Él venera á su camello, fuente de riqueza, paciente y laborioso compañero de sus correrías, de sus aventuras y de su gloria. Independiente, nómada,

(1) Hammer, *Minas del Oriente*; Mœsolher, *Manual de la historia de la Edad Media*; Gaillardin, *Cuadernos de historia de la Edad Media*.



perezoso, poético, guerrero, así vive el árabe vagamundo desde que fué instalada en el desierto por el hijo desheredado de Jactan la primera tienda.

Así como Nedjed confina con el Yemen, la naturaleza muerta con la naturaleza viviente, la desgracia con la fortuna, del mismo modo el *beduino* (1) miserable, confina con el pueblo de las ricas ciudades, el pueblo del incienso y de las flores, el pueblo de las deliciosas poesías, de los voluptuosos cantos de amor, cuya lengua está perfumada como la atmósfera en que vive. Hay allí todo el contraste del hombre insociable y del hombre civilizado, del libre jefe de tribu y del súbdito de un reino, del pastor, del nómada (*Ahlo' l Radwi*) y del habitante de los palacios (*Ahlo' l Hader*) (2), del hijo de Djorham y de Ismael, y del hijo de Yaarab y de Hymiar.

Pues así como hay dos Arabias, hay también dos naciones árabes, y entre ellas existe una profunda diferencia de origen. Aun cuando la cimitarra de Mahomet les haya tenido sometidos algún tiempo bajo el yugo del *Islam*, nótese la diferencia. Los árabes puros, los árabes nativos, los joctanidas, dan con desden á los otros, á los extranjeros, á los ismaelitas, el nombre de *mostárabes*, árabes mezclados.

Y en verdad, al leer sus antiguas y venerables tradiciones, se comprende que los hijos de Joctan son gloriosos por su nacimiento. Porque generalmente se ignora, que mucho tiempo antes de Ismael la Arabia había tenido grandes destinos. Y ¡cosa extraña! todos los historiadores de las naciones han hallado en los tiempos antiguos los vestigios de una vasta conquista árabe. Todo imperio del Asia, desde la Caldea y la Persia, hasta la India y Egipto, ha debido inscribir en sus listas reales, nombres bárbaros, nombres que fueron tomados de la Arabia. Pero no se pida á la Arabia la relación de sus conquistas, ni el recuerdo de su poder. Trátemos de arrancarla este secreto.

Sin duda allí, como en todas las dominaciones asiáticas, hay una oscuridad difícil de

(1) *Badawyun*, pueblos del desierto.

(2) Así es como se llaman ellos mismos.

penetrar; allí las tinieblas envuelven y encubren casi por completo la serie de tradiciones dispersas. Necesario es no descuidarlas, sin embargo; eco fiel de sus antiguas narraciones, las referiremos tales como el árabe las cuenta por la tarde en su solitaria tienda, tales como las canta en nuestros días el voluptuoso habitante del Yemen, resto de un imperio que desapareció, y olvidado testigo de un poder que ya no existe.

Cuando las tribus dispersas se alejaron de Babel, tres jefes brillaban entre todas. Estos eran: Ad, Thomud y Joctan, nietos de Sem, el *patriarca bendito*; sus hijos eran grandes y fuertes. Los aditas tenían doce codos de altos. Llegaron hasta *Hadramaut*, y recorrieron toda la comarca desde la Siria hasta el mar Erithreo. Pero no tardaron estos gigantes en confiarse en su estatura, y luego olvidaron á Dios creador, y haciendo tres ídolos, los adoraron. Dios se irritó por su crimen, y sin embargo, como eran de la raza de Sem, se compadeció de ellos y les envió el santo profeta *Hud* para echarles en cara su ingratitud. No creyeron en sus palabras y le cubrieron de ultrajes; entonces el Señor hizo soplar un fuerte viento durante ocho días y ocho noches. Llegó el mensajero de la cólera celestial, y los abrasó en su carrera, de suerte que toda la raza fué arrebatada de la tierra, no quedando más de su memoria que el siguiente proverbio: «¡Tan viejo y tan malo como un adita!»

Thomud, sin embargo, había llevado sus hijos al Hedjaz, y ocupaba las vastas llanuras que el Señor no había aún maldecido. Pero el crimen debía extenderse también á ellos; su orgullo llegó hasta el Señor, y su idolatría le causó pena. Se dignó, no obstante, enviar hácia ellos el profeta *Saleh*, pero no quisieron recibirle; y entonces de la diestra de Dios partieron relámpagos, rayos y truenos. Los thomuditas fueron exterminados de sobre la tierra. Su raza pasó, y sobre sus campos malditos posó el ángel de la muerte.

Sólo quedaba la raza de *Joctan*, hijo de Heber, hijo de Saleh. Esta familia recibió la herencia de sus hermanos, y fué llamada para grandes cosas. La tierra del Yemen fué su pertenencia.



cia; allí es donde sus numerosos hijos van á fundar una nacion, de la cual el mundo se ocupará con horror.

Dos hijos habian nacido en Joctan. Yaarab era el mayor, el sucesor del patriarca que gobierna la tribu, y el que permanece en la comarca elegida. El segundo, prefiere la independencia con la vida del desierto; se llama Djorham, y va á multiplicarse en medio de las arenas. «Tuvo treinta hijos, y muchos fueron hasta las Indias,» dice Ahmed (1). Sus hijas casaron despues á otro desheredado, el hijo de Agar, con una esclava egipcia.

Dejémosles recorrer el desierto, porque va á ser muy débil su imperio en presencia del de sus primogénitos. Apenas podrán librarse, merced á la soledad, del yugo que ha de sufrir el Asia.

Cuatro generaciones patriarcales han transcurrido, y ya la Arabia es poderosa. Se ha ido formando prontamente en el silencio, y héla grande y poderosa ahora, y dispuesta á secundar los designios de la Providencia. Era necesario castigar muy duramente las infamias de Babilonia y las idolatrias de la Persia; era necesario que el Señor desplegara sus brazos para castigar los primeros errores de la humanidad, á fin de que al ménos no tuviese derecho á quejarse, si el azote de Dios no viniera á recordarla que dirigiera sus miradas hácia el cielo olvidado.

Por aquel tiempo, parte de las riberas de la Arabia, como una furiosa tempestad, el famoso, el cruel Add-Schems. En su impetuosa carrera, todo lo destroza, todo lo destruye; pone en dispersion á los príncipes, como el viento dispersa el polvo en la llanura. Sus hordas victoriosas le proclaman *Sahâ* (*Sacyâ*, *Dzahac Zohac*, *Dhohac*), el *conductor de los cautivos*, pues los va llevando delante como á rebaños de ovejas, y las trémulas naciones le adoran por *señor* suyo y *maestro*.

Un espectáculo extraño se ofrece al mundo asiático: las grandes dominaciones se derrumban ante las vigorosas poblaciones de la Ara-

(1) Véase G. de Sacy, notas sobre Abul-Feda, edicion de Pococke, *Specimen Historiæ Arabum*.

bia; la Asiria, la Persia, la India y el Egipto, se cubren de acantonamientos de árabes, y sobre los troncos caidos, las hordas conquistadoras entonan sus cánticos de triunfo. «Hemos roto con la punta de nuestra lanza aguzada al que osaba levantar su cabeza, y le hemos aplastado hasta el punto de prosternarse á nuestra presencia (1).»

Además, esta feliz correría no tuvo más duracion que la necesaria para desconcertar al Asia. No fué esta para la Arabia una fuente de poderío; los vencedores se fraccionaron en tribus como en la tierra natal. Contentos con mandar allí donde su destino les habia arrojado, perdieron toda unidad de accion. Los jefes de familia, reunidos un instante en derredor de Sahâ, volvieron á alcanzar su independencia. Las poblaciones se fueron relevando poco á poco; todas fueron expulsando, más ó ménos tarde, la colonia guerrera, que de día en día iba siendo ménos temible. La Persia fué la primera en dar el ejemplo. Supo sacudir el yugo de Sahâ, á quien Feridun hizo dar muerte. La Asiria inscribió por mucho tiempo en su lista el nombre de los árabes. La India tambien logró librarse, no sin gran trabajo, de sus enemigos; sin embargo, siempre ocupó la entrada de la península del Ganges una avanzada de joctanidas, á cuyo límite habian sido reducidos por los indios, y supo conservar abierta á sus hermanos la barrera que con el trascurso del tiempo quisieron asaltar en el rico país de los brahmines.

El Egipto debió sufrir una larga y terrible lucha con los *pastores*, que sin cesar venian reforzándose. El mar Rojo (unido quizás todavía con la Etiopía), el que las barcas del Yémen podian fácilmente atravesar, ofrecia fácil paso á nuevas invasiones.

Cumplida estaba ya la mision política: el torrente comenzó á entrar en su cauce; Sahâ habia tenido muchos hijos; cada uno de ellos fué jefe de una tribu. El primogénito conservó una autoridad, más bien de nombre que de hecho, sobre los *Emires* federados de otras familias. La Arabia se concentra en sí misma; ne-

(1) Schultens, *imp. Joctanidorum in fine*.



cesita reconstituirse lentamente para que el Señor la halle aún en el día decretado por su cólera. *Amru*, *Cahtan*, *Aschar*, se fijan en las ciudades del Hedjaz y del Yémen, mientras que Himyar va á dormirse en las delicias de su palacio, ó á ofrecer sacrificios impíos al sol, á los astros y á los ídolos.

Hasta Nooman, contemporáneo de Moisés, apenas se desmembró la uniformidad de los cinco reinados, por la corta revolucion armada que arruina á Yafar, para colocar en el trono á Amru d'Hu Ryaisch, bien pronto destronado por Nooman.

En medio del efimero esplendor del imperio árabe, mientras que los Joctanidas ocupaban el Oriente y destruian sus imperios, un viajero más pacífico, guiado por la mano de Dios, sacudia, sin saberlo, el yugo de los nuevos dominadores, y salvaba la verdad, puesta, como veremos, en peligro extremo por esta última invasion; Abraham descendia de Ur al Egipto. Pasaba por la Arabia y Hedjaz en el momento en que Sahâ se precipitaba sobre la ruta que acaba de recorrer, y tal vez instalaba su tienda en el lugar donde despues estaba la santa *Caaba* (1). Allí volvió el hijo del patriarca, cuando expulsado de la tienda paternal con su madre, y desheredado como hijo de esclava, fué á dar origen á un gran pueblo, segun la promesa del Señor (2).

¡Recorran libres las arenas los hijos de la soledad!

No han tenido parte en la herencia de Abraham: nunca los descendientes de Isaac tendieron su mano á los descendientes de Ismael. El beduino tomó su parte sin remordimientos, se hizo ladron, ladron de las caravanas y de los botines, sobre las fronteras de su desierto (3). Pero nadie sabrá la historia de sus aventuras y de sus exploraciones; ninguno sabrá la relacion de su vida salteadora y libre. Apenas se presente á los tímidos pueblos de la Asiria, de la Mesopotamia y de la misma Persia,

(1) La famosa *Casa cuadrada*, el templo de la Meca.

(2) Gén., cap. XVI, vers. 13.

(3) C. Gaillardin, *Cuadernos de historia de la Edad Media*.

que al ver sus moradas desoladas, arrebatados sus rebaños y robadas sus cosechas, gritarán, al dirigir sus miradas sobre la nube de polvo levantada por los saqueadores que huyen á lo lejos: ¡Los árabes, los árabes!

Tal es la historia política de este período: está poco detallada, poco clara en sus crónicas, y se ve uno obligado á reconocer con ellas, que, por lo que hace á sus antiguos reyes, no hay más que pobres restos de una vasta potencia. *Poco de lo grande*, como dicen ellos (1).

Un monumento curioso han conservado las edades; los árabes le veneran como á restos preciosos de sus antepasados. Es el canto de muerte de los *aditas*, primeros habitantes de Hadramaut, que el cielo castigó con terribles azotes! Es un himno primitivo, cuyo lenguaje se remonta á los más remotos tiempos, y que á la vez sirve para dar una idea de las costumbres, de la religion, del poderío y de la caida de un estado patriarcal, al mismo tiempo que revela una grande poesía. Hé aquí lo que se lee sobre las ruinas de Hadramaut:

«Hemos vivido largo tiempo en la vasta mansion de esta ciudadela, y nuestra vida era deliciosa, era larga y espléndida.—El mar, hinchando sus hondas, se estrellaba cerca de de nosotros, y nuestros rios corrian arrastrando masas torrenciales.—Las altas palmeras producian en abundancia los sabrosos dátiles, que recogian y secaban multitud de servidores.—Y nosotros cazábamos por las tierras con la honda y la flecha, persiguiendo con nuestras saetas los pescados hasta el abismo de los mares. Y vestiamos trajes de pura seda. Nos gobernaban monarcas enemigos de toda iniquidad, quienes perseguian con ardor á los hijos del fraude y de la perfidia.—Ellos nos trazaban las sendas de la religion de *Heber*, y teniamos fe en los milagros, y en la resurreccion, y en la vida futura.—Hemos vivido largo tiempo en aquella mansion, y no tenemos otra solicitud que la de nuestra patria y sus hermosas recolecciones.—Todos los días, hácia la tarde, nos llegaba un rebaño de cien camellos, que la vista se complacia en mirar en el establo; y doble

(1) Schultens, *loc. cit.*



úmero de ovejas que rivalizaban en belleza con las ciervas blancas y las vacas de paso lento.— Hemos vivido siete siglos en aquella morada, y nuestra vida era deliciosa, y su recuerdo difícil de describir.—Después vinieron años estériles y abrasadores, y trascurrido un año, venía otro á sucederle.—Llegamos á una situación tal, que era imposible imaginar mayor desventura: la muerte no nos dejó siquiera una esperanza.

De esta suerte, el que no dé gracias á Dios aun en el infortunio, verá sus huellas hasta en el suelo de su casa solitaria (1).»

Por profunda que fuera la memoria del castigo de que hablan sus cánticos, sin embargo, no fué bastante á mantener por largo tiempo en la verdadera creencia á los hijos de Joctan. La religión de Heber, el culto primitivo de los patriarcas, no tardó en ceder ante los progresos del error. Antes de Sahá, que se hacía llamar el *Servidor del sol*, los astros habían recibido los homenajes de los árabes. Los *siete principales jefes* del ejército de los cielos, las *siete primeras inteligencias*, eran honradas como los espíritus destinados al gobierno del universo. Veamos ahora la degradación y diversas fases del error: los hombres, partiendo del principio de la necesidad de una mediación, pero falseando la aplicación, se dirigieron á las potencias invisibles, y ofrecieron sus homenajes á aquellos cuerpos errantes que suponían ser habitación de los genios superiores. Los levantaron templos é imágenes. Dos sectas principales se ofrecen desde luego en la Arabia en sus primeros tiempos; estas son las *As'habol hiyacel*, ó adoradores de los planetas, y los *As'habol ashchas*, adoradores de las imágenes.

Los *Hiyacel* son los planetas, morada material de las inteligencias incorpóreas, á los cuales están unidos como nuestras almas á nuestros cuerpos. Y de aquí nacen todas las minuciosas observaciones de horas y días, de salidas y ocasos, de formas, regiones, y por consiguiente, todas las imágenes consteladas, todos los encantos mágicos, todas las invocaciones, los *talismanes*, cuyo poder extraordinario se

(1) Schultens, *Excerpta*.

atribuye á la influencia sideral que ha presidido á su formación, á su escultura, á su dedicación.

Pero no fué bastante para todos grabar la representación de aquellos cuerpos; fué necesario construir figuras capaces de herir á la inteligencia, y entonces los metales se pusieron á contribución, cada uno según el planeta que le parece particular; todo después de una grande inspección de horas y minutos.

Bien pronto, cuerpos y almas, planetas y espíritus, fueron verdaderos ídolos; los mediadores fueron dioses. Se imploró á la estatua de oro y plata, en vez de invocar al astro intercesor. Se atribuyó á aquellas, el poder que sus ruegos debían obtener del Señor, soberano de la naturaleza.

Veamos ahora el nombre y forma de los lugares sagrados que se han encontrado en Arabia y en la India, en la Caldea y el Egipto.

Sobre todas, se ha conservado la capilla de la *Causa primera*, fútil recuerdo de la Divinidad; inmediatamente después, y debajo de aquella, se halla la de la *Providencia*, la de la *Necesidad*, la del *Alma*, singular é inexplicable conjunto, cuyo secreto ha desaparecido para la ciencia cristiana.

La forma es esférica.

Encontramos también las de los siete planetas: *Saturno*, cuya habitación es sexangular; *Júpiter*, triangular; *Marte*, representado por un cuadro oblongo; el *Sol*, por un cuadrado perfecto; *Venus*, que es un triángulo en un rectángulo; *Mercurio*, un triángulo en un cuadrilátero oblongo; la *Luna*, por último, un octógono (1).

En medio brillan las pequeñas estatuas de las inteligencias: son de oro para el sol, de plata para la luna, de hierro para Marte, y así sucesivamente. El árabe creyente se postra ante aquellos ídolos, y á ellos implora como á dispensadores de las aguas del cielo ó de la fertilidad de la tierra; hasta llega á llamarlos «hijos de Dios,» *Elalatt*.

Al lado de esta idolatría sideral, por decirlo

(1) Al'sharestan, en Pococke, *Specimen Hist. Arab.*



así, se halla otra más funesta aún por sus resultados, y que no tardó en absorber la primera. Los hijos del patriarca Noé habían conservado el recuerdo de los tiempos anteriores al diluvio, y repetían á sus descendientes el nombre y beneficios de los hombres que se habían ilustrado en aquellos remotos tiempos. Llenos de admiración por sus virtudes y su poderío, no tardaron los hijos de Noé en considerar estos héroes del mundo como de una naturaleza superior; los creyeron sobrenaturales. Su longevidad, su fuerza, su audacia, llamaban la atención; fueron bien pronto seres sobrenaturales; y de esta idea á divinizarlos, no medió más que un paso. Según se cree, los árabes fueron los primeros que cayeron en este error; y en realidad, los nombres de los cinco ídolos de los aditos aparecen antes que los otros en los oscuros anales de los siglos antiguos: son *Wadd*, *Sawao*, *Jaguth*, *Yauk* y *Nasr*. Si fuéramos á dar crédito á Al'Firazabad (1), «el mismo diablo habría dado á conocer las estatuas de estos personajes, honrados antes del diluvio por los hijos de los hombres, y los habría ofrecido á la piadosa veneración de los árabes.» Sea de ello lo que quiera, parece que fueron adorados en Arabia antes de la gran conquista de Sahá, y que cada uno recibía su culto, fuera bajo figura humana, fuera bajo la forma del animal al que alude su nombre (2), y que cuando Sahá se precipitó á la cabeza de sus tribus, unas y otras marchaban con sus peculiares insignias, honrándose en llevar el nombre de *Abd' Wadd*, *Abd' Jaguth*, *servidores de Wadd*, *servidores de Jaguth*, etc. El mismo Sahá, *servidor del sol*, importó los simulacros, objetos de su respeto y de sus homenajes; y bajo las sacudidas de los árabes, el mundo asiático, ya predispuesto de una manera especial por el sabeísmo, esta primogénita de las idolatrías de la tierra, recibió con avidez las imágenes materiales que le imponía el vencedor. Anádase á esto el favor que dispensaron las clases sacerdotales al

(1) Pococke, ed. de S. de Sacy, citando á *Abulfaradj* y *Abul'feda*.

(2) *Wad* (hombre), *Sawao* (mujer), *Jeguth* (leon), *Yauk* (caballo) y *Nasr* (águila).

modo de agradar á la vez á los dominadores y estrechar más y más los lazos de su poderío sobre la multitud, y prodremos explicarnos fácilmente por qué la Arabia fué para el Asia el segundo foco de corrupción, así como Babilonia había sido el primero. Unido el sabeísmo á la idolatría propiamente dicha; la astrología y los absurdos ténúrgicos á las misteriosas infamias, enjendraron un rápido y estupendo progreso de corrupción en el fondo del Oriente.

Después de Sahá, las tribus árabes que entraron en la Península no hicieron más que continuar en sus creencias. Himyar adoró al sol, agregando una infinidad de divinidades, machos y hembras; ejemplo seguido con toda fidelidad por los *Tobbáa* (1) que le sucedieron.

También, cuando Ismael vino á mezclarse con los árabes del Hedjaz y del Nedjez, halló al astro *Saturno*, ó más bien su material representación, en posesión de los honores divinos. No se apartó de las verdaderas creencias; siguió participando de la bendición divina y de la alianza del Señor, cuya señal llevaba, habiendo conservado el verdadero recuerdo de Dios, á pesar del influjo de las mujeres del Egipto y Arabia: esto nos enseña la Biblia en estos términos:

«El Señor estaba con él:

»Y el tiempo de la vida de Ismael fué de ciento treinta y siete años, y desfalleciendo sus fuerzas, murió y fué reunido á su pueblo;» fórmula consagrada por las Sagradas Letras para la muerte del justo (2).

Sin embargo, las nociones sagradas se borraron bien pronto de la memoria de sus descendientes. El patriarca Abraham y su casa *Cuadrada* (*Caabah*), la piedra donde estaba grabada la huella de sus pies y la en que Agar había concebido á Ismael, fueron los objetos dignos de respeto y del culto por algún tiempo entre los ismaelitas. Cuando se propagó entre ellos la idolatría; cuando se operó este cambio, es bien difícil de determinarse; estos son hechos que se necesitan comprobar. Escapan al

(1) Denominación real de los soberanos del Yémen.

(2) Géu., cap. XXV.

